

probos, seremos eternamente condenados sin redencion y sin recurso. ¡Y á vista de esto, no se pide á Dios todos los dias esta perseverancia! ¡no se aplican todos los medios para conseguir este don! ¡Se temerá tanto cualquiera otro mal, sea el que fuere, como el faltar á la perseverancia! No, mi Dios, no será así: solo este mal, sola esta desdicha temeré yo en adelante; ni cesaré jamás de pedirlos el don de la perseverancia. No perdonaré á lágrimas ni á suspiros para mover, para inclinar vuestra misericordia, y procuraré no hacerme indigno de este don, siendo fiel á vuestra divina gracia.

JACULATORIAS.—Afirmad, Señor, mis pasos en el camino que guia á vos, no sea que me descamine y me pierda. (*Psalm. 16.*)

Resuelto estoy, Señor, mediante vuestra divina gracia, á no separarme del camino de vuestra justicia que he comenzado á seguir. (*Job 27.*)

PROPOSITOS.

1 Aunque no podemos merecer la perseverancia y la gracia final, podemos no hacernos indignos de este precioso don. Persevera en la fuga del pecado, en el ejercicio de la virtud, en guardar la inocencia, y ten una firme confianza de que Dios coronará una inocente vida con una santa muerte. Mira con un santo horror todo lo que puede hacerte perder la vida de la gracia. Huye todas las ocasiones de pecar; frecuenta los sacramentos; y si por tu desgracia caiste en algun pecado, nunca dejes pasar el dia sin acudir al sacramento de la penitencia. No lo dilates para el primer dia de fiesta, para cuando estés desocupado, para cuando tengas comodidad. Esas dilaciones fueron funesta causa de reprobacion á muchos, cuya prudente vida prometia mejor fin. Todos los dias has de hacer alguna oracion á Dios pidiéndole la gracia final. El tiempo mas propio para pedir y para alcanzar este gran don es el del santo sacrificio de la misa á la elevacion de la sagrada hostia. Interesa en esto á la santísima Virgen, ofreciéndola tambien todos los dias alguna oracion para conseguir por su poderosa intercesion la final perseverancia. Infaliblemente la consigue para aquellos que son verdaderos devotos suyos.

2 Cada uno de los dias le has de considerar como si fuera el último de tu vida, viviendo en él como si efectivamente lo fuese. Este es el medio mas eficaz para conseguir el don de la perseverancia. Dirige á este mismo fin todas tus obras. Tambien es

medio escelente para perseverar en la vida de la gracia un dia de retiro cada mes. Manda decir de cuando en cuando algunas misas por este importante suceso. Ningun negocio nos importa mas. La salvacion es nuestro único negocio, y de la perseverancia final depende la salvacion.

DIA XX.

MARTIROLOGIO.

LA VIGILIA DE SAN MATEO, apóstol y evangelista.

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS MÁRTIRES EUSTAQUIO Y TEOPISTA su mujer, con sus dos hijos AGAPITO y TEOPISTO, en Roma; los cuales en el imperio de Adriano fueron condenados á las fieras, y habiendo salido sin recibir daño por virtud de Dios, los metieron en un toro de bronce ardiendo, en donde consumaron el martirio. (*Véase su historia hoy.*)

EL TRANSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES FAUSTA virgen, y EVILASIO, en Cyzico en el mar de Marmora, en tiempo del emperador Maximiano: á Fausta el mismo Evilasio, sacerdote idólatra, hizo que le rapasen por escarnio la cabeza, y que la colgasen y atormentasen; despues de lo cual intentó aserrarla por medio; pero no pudiendo los verdugos hacerle daño, lleno de terror se convirtió á Cristo; y mientras que por orden del emperador le atormentaban cruelmente, á Fausta le taladraron la cabeza y le pasaron todo el cuerpo con clavos, y la metieron en una sartén á la lumbre, hasta que llamados los dos mártires con una voz del cielo, volaron ambos al Señor.

LOS SANTOS MÁRTIRES DIONISIO Y PRIVADO, en Frigia.

SAN PRISCO, mártir tambien; el cual despues de agujerearle el cuerpo con agudos puñales, fué degollado.

LOS SANTOS TEODORO, FILIPA su madre, y COMPAÑEROS mártires, en Perga de Panfilia en tiempo del emperador Antonino.

SANTA CÁNDIDA, virgen y mártir, en Cartago; la cual en el imperio de Maximiano, despedazada á azotes alcanzó la corona del martirio.

LA SANTA MÁRTIR SUSANA, hija de Artemio, sacerdote idólatra, y de Marta. (Habiendo quedado huérfana recibió el bautismo, y dando todos sus bienes á los pobres se fué á vivir en la soledad. Acusada en tiempo de Juliano el apóstata de haber derribado unos idolos, fué condenada á muerte el año 362.)

SAN AGAPITO, papa, en el mismo dia, de cuya santidad hace mencion S. Gregorio el Magno. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

SAN CLICERIO, obispo y confesor, en Milan.

SAN EUSTAQUIO Y SUS COMPAÑEROS MÁRTIRES.

LA historia de la vida de S. Eustaquio, de su mujer Teopista, de Agapito y Teopisto, sus dos hijos, está llena de sucesos tan maravillosos y tan raros, que pudiera parecer una piadosa novela, á no saber que Dios, por decirlo así, se complace de cuando en cuando en descubrir á los hombres, particularmente en aquellos primeros tiempos de la Iglesia, los inmensos tesoros de su providencia y de su misericordia, enseñando á los fieles por medio de acontecimientos tan instructivos como extraordinarios; y así lo vamos á ver en la vida de S. Eustaquio.

Llamábase Plácido antes de su conversion, y fué, segun lo conjetura el cardenal Baronio, aquel mismo Plácido de quien hace mencion Josefo en sus libros de la guerra de los judíos, que siendo uno de los primeros oficiales del ejército, se señaló con mil valerosas hazañas en el famoso sitio de Jerusalem, haciendo importantes servicios al emperador Vespasiano y á su hijo Tito. Era Plácido gentil; pero apenas lo parecia en sus costumbres. Enemigo de toda disolucion, no habia oficial mas circunspecto, de mayor urbanidad, ni mas moderado. No se duda que fué de casa tan distinguida por su calificada nobleza, como por sus empleos militares. Su aire, sus modales, el puesto que ocupaba en el ejército, el mucho lugar que se hacia en él, sus grandes bienes, y la multitud de sus esclavos, todas eran pruebas de su ilustre nacimiento, no menos que de los servicios de sus gloriosos antepasados. Hacíanle mucho mas respetable sus nobles prendas personales. Era dulce, afable, enemigo de violencias, benéfico, liberal y aun pródigo con los soldados y con los pobres; lo que le granjeaba una indecible general estimacion, tanto en el ejército como en la corte. Concluida felizmente la guerra contra los judíos, tan gloriosa para los romanos, se retiró á Roma nuestro Plácido. Salió un dia á caza, presentósele un ciervo, siguióle, y cuando le iba mas estrechamente acosando, quedó estrañamente sorprendido viendo que la fiera se paró de repente al pisar cierto terreno, y vuelta la cara hácia él, descubrió entre las dos astas la imágen de Cristo crucificado. Al mismo tiempo oyó una milagrosa voz, que, como á otro Saulo, le reprendió su ceguedad en materia de religion: le intimó que no persiguiese mas á Jesucristo en la persona de sus fieles: le mandó que renunciase el paganismo; y que buscando en Roma al sacerdote de los cristianos, recibiese el bautismo y abrazase la verdadera



S. EUSTAQUIO,
Y COMPAÑEROS MRS.

fe, despues de lo cual, añadió la voz, vuelve á este mismo sitio, y yo te diré lo que debes hacer.

Aturdido Plácido á vista de un sucesó tan singular como inopinado, sintió enteramente mudado su corazon en aquella misma hora. Entró la gracia á alumbrar su entendimiento, y abrazado igualmente el corazon, concibió el mayor horror contra los ídolos, conoció toda la ridiculez y toda la impiedad de la idolatría, sintiéndose inflamado en fervorosos deseos de abrazar el cristianismo. Luego que llegó á su casa, su mujer, por nombre Taciana, de genio y de inclinaciones muy parecidas á las de su marido, le refirió cierto sueño que habia tenido; y hallándose enteramente conforme con lo mismo que Plácido habia visto y oído, no se detuvieron un punto en ejecutar las órdenes del cielo. Instruyólos á ellos y á sus dos hijos un santo presbítero llamado Juan; y para borrar hasta las reliquias del hombre viejo dió á Plácido el nombre de Eustaquio ó de Eustatio; el de Teopista á su mujer Taciana, llamando Agapito y Teopisto á sus dos hijos. Nunca se experimentaron mas prontos los efectos del bautismo como en nuestros dichosos neófitos: desde los primeros dias de su conversion parecian ya unos fieles muy antiguos, nacidos y criados en las mas perfectas máximas del cristianismo. No bien se vió Eustaquio en la posesion dichosa de cristiano, cuando impaciente por saber de la misma boca del Salvador su divina voluntad, se encaminó apresurado al sitio donde se habia obrado la primera maravilla. Llegó á él, y postrado en tierra, el semblante contra el polvo, animado de una viva fe y lleno de confianza, exclamó de esta manera: «Aquí teneis, Señor, á esta oveja perdida, que vuestra piedad acaba de retirar del abismo para introducirla en vuestro rebaño. Pues vuestra infinita misericordia no se desdeñó hasta aquí de mi suma indignidad, espero que menos se desdeñará ahora cuando vengo á vuestra presencia con el augusto carácter de hijo vuestro, y que os dignaréis acabar la obra que vos mismo comenzasteis. Pronto estoy á obedeceros: hablad, Señor, que yo os prometo ejecutar sin réplica vuestra divina voluntad. Ninguna cosa del mundo será jamás poderosa para hacerme titubear en la fe, y por lo mismo espero me dareis gracia para seguir todas vuestras máximas con inviolable fidelidad.» Apenas acabó Eustaquio su oracion cuando se le apareció el Salvador; y despues de haberle animado y manifestado la elevada santidad á que le tenia destinado, añadió: «Conviene, hijo mio, que te prepares para grandes pruebas. El demonio no dejará piedra por mover para derribarte. Quitante todos los bienes, te despojarán de tus empleos, perderás á

tu mujer y á tus hijos, tú mismo te verás reducido á la última miseria. Pero valor, y no te desanimas: mi gracia te sostendrá en todos esos desgraciados accidentes, y yo sabré resarcírtelos con el cien doblado. Sé fiel hasta la muerte, y coronarás tu vida con un glorioso martirio.»

Experimentaba Eustaquio sensiblemente mas y mas fortalecido su espíritu, creciendo mas su valor cuanto mayores eran los trabajos que el cielo le pronosticaba; y su respuesta fué la que correspondia á un héroe cristiano, y á un siervo fiel y fervoroso. Vuelto á su casa refirió sencillamente á su mujer todo lo que le habia sucedido, y encontró en Teopista unos pensamientos tan cristianos y tan generosos como los suyos, mostrando una santa impaciencia por dar á Jesucristo finas y verdaderas pruebas de su fidelidad y de su constancia. No tardó mucho la ocasion. Consistia el nervio principal de su hacienda en esclavos y en ganado: pereció éste, y murieron aquéllos á violencia de una enfermedad contagiosa que todo se lo arrebató. Asombró la conformidad con que nuestros Santos llevaron este primer golpe á todos aquellos que ignoraban los motivos de su resignacion. Súpose pocos dias despues que el emperador habia reformado á todos los oficiales que no se hallaban actualmente empleados en el ejército. Ni por eso se disminuyó su constancia en esta segunda desgracia; antes bien se hizo mas visible su alegría. Abandonados en fin nuestros Santos de todos sus amigos, que lo eran solo de su fortuna y no de sus personas, y casi reducidos á la mendicidad, resolvieron dejar á Roma, y cargados con sus dos tiernos hijos, únicos bienes que los habia dejado la divina Providencia, se encaminaron el puerto de Ostia, donde hallaron un navio que hacia vela al Oriente, y embarcándose en él, partieron para Egipto.

No es fácil esplicar el gozo de S. Eustaquio y de Sta. Teopista cuando se vieron despojados de todos sus bienes, sin otro título ni dictado que el de pobres de Jesucristo, y como desterrados de Italia, donde tantas veces habian resonado las aclamaciones por las victorias que el general Plácido habia conseguido. Pero se turbaron presto los interiores consuelos que derramaba el cielo en aquellos cristianos corazones por el mas cruel y mas doloroso contratiempo que podia suceder á aquellas dos grandes almas. Enamoróse ciegamente el patron del navio de la casta Teopista; y resuelto á apoderarse de ella luego que tocó en la costa de Africa, sin dar oidos á ruegos, á lágrimas ni á promesas, hizo echar en tierra por fuerza á Eustaquio y á sus dos hijos, y levantando el áncora tomó el rumbo de la Siria.

Fué estrema y reciproca la afliccion de uno y otro consorte. Recibióla Eustaquio con rendida resignacion, y adorando el modo con que Dios le gobernaba, se abandonó á la divina Providencia. Cargó sobre las espaldas á sus dos pequeños hijos, y caminando dia y noche por aquellos desiertos horrosos, llegó á las orillas de un rio. Era la madre ancha y peligrosa, y no le parecia posible pasarla á nado con una carga tan pesada. En esta perplejidad levantó el Santo los ojos al cielo, suplicó al Señor que se compadeciese de aquellos dos tiernos inocentes, y tomó la resolucion de dejar á uno de los dos niños en la orilla para volver por el despues de haber pasado el rio cargado con el otro. Llegó dichosamente con su pequeña carga á la orilla opuesta, dejó al niño sobre la blanda yerba, y volvió á pasar el rio á nado para conducir el otro. Pero Dios, que cada dia es mas y mas admirable en sus Santos, permitió, que estando Eustaquio en medio del rio viese arrebatár á sus dos hijos, al uno por un leon y al otro por una loba. En lance tan doloroso y tan extraño, despues que dió libertad á su afligido corazón para desahogarse por los ojos, exclamó levantándolos al cielo: *Vos, Señor, me los disteis, y vos me los quitasteis: cúmplase vuestra santísima voluntad. Adoro humildemente vuestra divina Providencia, y no cesaré de bendecir vuestro santo nombre. Vos permitisteis que perdiese á la madre y á los hijos: disponed ahora del padre segun vuestro divino beneplácito.*

Viéndose ya solo Eustaquio, no pensó mas en el viaje de Egipto, y quedándose en la primera aldea que encontró, llamada Badisa, se acomodó con un labrador rico para ayudarle á cultivar la tierra. Aprovechóse de un estado tan penoso y tan diferente del que habia tenido hasta entonces para hacerse cada dia mas fervoroso cristiano. Cautivó á su amo con su apacibilidad inalterable, y le ganó el corazón con su infatigable laboriosidad. Las labores de la labranza no inmutaron su virtud. Tenia continuamente á la vista la imagen de Jesucristo crucificado, y este divino modelo endulzaba sus fatigas. Derramó el cielo tantas bendiciones sobre las posesiones y haciendas de su amo los catorce años que Eustaquio estuvo en su servicio, que solia decir el labrador, que en aquel criado habia encontrado un verdadero tesoro. Mientras tanto no se olvidó la divina Providencia de sus hijos ni de su mujer. El patron que se apoderó de ella, viéndola continuamente deshacerse en un mar de lágrimas, la respetó; y queriendo Dios castigar la violencia del rapto, dos dias despues le quitó la vida, sin que hubiese tenido atrevimiento para tocar á la Santa, que viéndose libre, desembarcó en el primer puerto, y se puso á servir.

No fué menos dichosa la suerte de los dos hijos. Viendo á las dos fieras los paisanos y los labradores, corrieron á ellas, y las hicieron soltar la presa, sin que los niños hubiesen recibido ni la mas leve lesion; y compadecidos de tan estraña aventura, los tomaron á su cargo, y los criaron con caridad; pero aunque el padre y los hijos vivian poco distantes, se pasaron los referidos catorce años sin tener noticia unos de otros. Despues de tan dura y tan larga prueba en que el Santo se portó con una paciencia que mereció las suspensiones del cielo, quiso premiar el Señor aquella heroica virtud restituyéndole todo lo que habia perdido, y poniendo en su cabeza la corona del martirio.

Hicieron una irrupcion en las tierras de los romanos algunas bárbaras naciones, y amenazaban á todo el imperio. El año 98 habia sucedido á Nerva el emperador Trajano, que habiendo conocido el valor de Eustaquio (entonces Plácido) en la guerra contra los judios, noticioso de que este hábil general habia desaparecido despues de catorce ó de quince años, mandó que le buscasen por todas las partes del mundo, prometiendo grandes premios á cualquiera que le diese noticias ciertas de él. Pasaron dos oficiales por la aldea donde vivia Eustaquio en el humilde oficio de mozo de labranza, y se alojaron en casa de su amo. Como uno y otro habian servido bajo las órdenes de nuestro Santo, él los reconoció luego; pero ellos no le conocieron á él. A poco rato se tocó la conversacion de Plácido, y de las diligencias que de orden del emperador se hacian en todo el imperio para encontrarle. Al mismo tiempo que hicieron un grande elogio del mérito de aquel general, no se olvidaron de celebrar las bellas prendas de su mujer Taciana. Este discurso renovó toda la ternura del disfrazado esposo; y representándosele entonces vivamente á la imaginacion la funesta aventura de su amada mujer y de sus queridos hijos, le hicieron traicion las lágrimas, que no pudo ocultar á los dos huéspedes. Notólas mas particularmente uno de los dos, y observándole cuidadosamente mas de cerca, le pareció descubrir ciertas señales que habia medio borrado su presente constitucion, y acercándose al oido de su compañero, le dijo, que aquel labrador se parecia á Plácido. Repararon en cierta cicatriz que tenia en el pescuezo, y luego se acordaron de una herida que habia recibido en la misma parte en una batalla. Esta señal los hizo abrir los ojos para reconocer todas las demás; y no dudando ya que Eustaquio fuese su antiguo general, le echaron los brazos al cuello, y le obligaron á confesar que era el mismo Plácido. Sin embargo se quiso resistir; pero al cabo le fué preciso ceder á sus instancias y á las órdenes espresas del emperador; especialmente des-

pues que tuvo una revelacion, habiendo pasado en oracion toda la noche, en que Dios le dió á entender era su voluntad que hiciese todavia al imperio este servicio.

Llegado á Roma, fué recibido del emperador con todas las demostraciones de benevolencia que eran tan debidas á su valor; y restituyéndole todas las insignias de su primera dignidad, le declaró por general del ejército. Púsose Eustaquio á su frente; marchó en busca del enemigo, encontróle, atacóle, derrotóle, y consiguió una de las mas señaladas victorias de los enemigos del imperio romano. Habíase obligado á todas las aldeas del Oriente á que contribuyesen con dos soldados para esta guerra, y con esta ocasion se hallaron en el ejército del emperador Agapito y Teopisto. Viólos el general, y haciendo su oficio la sangre, como acostumbra, sin saber por qué, sintió en sí cierta especial inclinacion hácia aquellos dos soldados. Hacíalos venir muchas veces á su tienda; y hablando un dia con uno de ellos, le preguntó de dónde era, cómo se llamaban sus padres, y cuáles habian sido los sucesos de su vida. Como no se conocian los dos hermanos, apenas refirió éste lo que le habia sucedido siendo niño, cuando el otro, que se hallaba presente, se arrojó á él, echándole los brazos, y reconociéndole por hermano suyo. Dijole que él era el mismo á quien su padre habia dejado en la orilla opuesta, y que habiéndole libertado los paisanos como á él, tambien le habian criado hasta que tomó partido en las tropas. Oia todo esto Eustaquio sin hablar palabra; pero no lo escuchaba á sangre fria, porque enternecido vivamente su corazon, se esplicaba sobradamente por los ojos; y en fin, no pudiendo contener mas su gozo, ni siendo ya dueño de los movimientos que escitaba en su corazon la ternura paternal, echando á los dos los brazos, los dijo: *Aquí teneis, queridos hijos míos, á vuestro padre: adoremus la amable providencia de nuestro Dios, que nos separó para volvernos á juntar en la tierra y en el cielo despues de tan larga prueba. Seamos fieles: no desconfío de hallar tambien á vuestra querida madre, para que todos cuatro logremos el consuelo de derramar juntos nuestra sangre por amor de Jesucristo.*

Presto acreditó el suceso lo bien fundado de esta esperanza. Como no se hablaba en todo el ejército de otra cosa que de la dichosa y estraordinaria aventura del general, ciertos oficiales que estaban alojados en la aldea y en la casa donde servia Teopista diez y seis años habia, haciendo oficio de ama de llaves, refirieron en la mesa un suceso tan raro como asombroso. Por las particularidades y circunstancias que especificaron, no pudo

dudar que aquellos dos soldados eran sus hijos, ni que el general fuese su marido. Con este pensamiento suplicó Teopista á los oficiales que le facilitasen una audiencia del general, á quien tenia que pedir cierta gracia. Pusiéronla en su presencia, y con las lágrimas en los ojos, dijo: *Compadeceos, señor, de una mujer afligida. Yo soy una noble matrona romana, que por una tristísima aventura habrá como diez y seis años perdí en un mismo día á mi dulce esposo y á mis dos queridos hijos, sin que en todo este tiempo haya podido adquirir la menor noticia de los hijos ni del padre. Permitid, señor, que se hagan algunas diligencias en el ejército por si acaso tomaron partido en las tropas: el uno se llama Agapito y el otro Teopisto, siendo el mayor de veinte y dos años, y el menor de veinte y uno.*

Mientras hablaba Teopista, Eustaquio la consideraba atentamente, sintiendo en su corazón, y reconociendo por sus mismos ojos que era su mujer la que hablaba; pero interrumpiéndola un poco, la preguntó: *¿Con qué ocasion ó por qué extraño acaecimiento perdisteis á vuestro esposo y á vuestros hijos?* Refirió entonces Teopista, deshaciéndose en lágrimas, su violento raptó por el patron sobre las costas de Africa, y todo lo que despues habia sucedido. No pudiendo ya dudar nuestro Santo por la individual relacion de todas las circunstancias que el cielo le habia restituido á su querida esposa, hizo venir á su tienda á los dos hijos, y señalando á Teopista, los dijo: *Ahí teneis, hijos míos, á vuestra madre; y á ésta, abrazándola tiernamente: Aquí tienes, amada compañera mia, á tu fiel esposo Eustaquio: rindamos todos gracias al Señor por un suceso tan maravilloso.* Llenos de admiracion, de reconocimiento y de gozo, rindieron gracias á Dios por un milagro tan claro y tan ilustre de la divina Providencia; y concluida la oracion, se contaron el uno al otro toda la historia de tantos sucesos igualmente extraordinarios que portentosos. Celebráronse por muchos dias en todo el ejército con grandes regocijos; y en fin, adelantándose Eustaquio, Teopista y sus hijos, marcharon á Roma, donde el emperador Adriano, sucesor de Trajano, habia llamado al general para decretarle los honores del triunfo. Fué recibido con toda la estimacion y con todo el reconocimiento que merecia el importante servicio que acababa de hacer al imperio; y concluidas las fiestas públicas, mandó el emperador que se hiciese un solemne sacrificio á los dioses en accion de gracias por aquella gran victoria. No pareció en él Eustaquio; y habiéndole llamado el emperador, declaró que era cristiano, y que no debía dar gracias á otro que al verdadero Dios, á quien solo era deudor de aquel dichoso suceso.

Era Adriano uno de los mas crueles enemigos del nombre cristiano, y furiosamente irritado con esta respuesta, da orden para que al punto sea despojado de todas las insignias de la dignidad, y sea conducido á la cárcel con su mujer y sus dos hijos. Conmovióse toda la ciudad de Roma; y toda ella se empeñó en persuadir á Eustaquio que renunciase su religion, y hasta el mismo emperador no perdonó á promesas ni á amenazas para pervertirle. Su constancia en la fe apuró toda la barbaridad del tirano. Viendo que ni aun le podia hacer titubear, le condenó á ser arrojado á las fieras con sus dos hijos y con su mujer. No hubo en el mundo alegría mas pura ni menos reprimida que la que causó á los Santos aquella cruel sentencia. Vió Roma caminar en camisa, cargado de prisiones, y entrar en la arena para ser despedazado de las fieras con su mujer y sus dos hijos, al mismo que dos dias antes habia visto lucir por sus calles en el carro triunfal seguido de las aclamaciones y de los vivas de toda la ciudad. El gozo que rebosaban sus semblantes mostraba bien que apreciaban mas el honor de morir por Jesucristo, que el de entrar triunfantes en la capital del imperio. Soltaron contra ellos algunos leones hambrientos y furiosos, que corrieron veloces á los Santos; ¿mas para qué? Para arrojarse á sus pies, para lamérselos, y para halagarlos blandamente con las colas. Asombró este milagro á todos los asistentes: solo el emperador entró en mayor furor; y como era naturalmente cruel, resolvió atemorizar á todos los cristianos con un ejemplar de crueldad, que hasta entonces no habia tenido semejante. Habia en Roma un toro de bronce de enorme corpulencia; y mandando meter á los santos mártires dentro de aquella espantosa máquina, dió orden que se encendiese sobre ella un voracísimo fuego, en cuyo tormento acabaron su vida nuestros Santos por un glorioso martirio el dia 20 de setiembre del año de 130, en cuyo dia celebra la Iglesia su fiesta con solemnidad. Hay en Roma un magnifico templo en honor de S. Eustaquio y de sus compañeros, y la mayor parroquia de París está dedicada á su nombre. Parte de sus reliquias, traídas por el abad Sugerio, se veneran en el real monasterio de S. Dionisio, y otra porcion de ellas se guarda en la parroquia de S. Eustaquio.

SAN AGAPITO, PAPA Y CONFESOR.

SAN Agapito fué natural de Roma, y recibido en el clero desempeñó las obligaciones inferiores del ministerio en las iglesias de S. Juan y de S. Pablo. Su grande santidad le recomendó